

El martes pasado el FAS consiguió, como otras veces, la proeza de llenar la sala en una tarde en que por fin la primavera nos alentaba a pasear o sentarnos en una terraza, y la actualidad nos convocaba a festejar el triunfo de las neskas del Athletic....

Pero la ocasión lo merecía porque teníamos la oportunidad de asistir al último trabajo de José Luis Guerín, "La academia de las musas", que, como tantas otras veces, no habríamos podido ver de no haber sido por el cineclub. Como observaba el invitado, antes el cine de autor podía ser visto en los circuitos, con mayor o menor difusión, pero en nuestros días por desgracia muchas veces el cine diferente, arriesgado, resulta en la práctica "invisible", de no ser por iniciativas como la de nuestro querido FAS, que había contactado con Guerín y su película en el festival de Iruña. De hecho, el director había prometido acompañarnos en este su estreno en Bilbao, pero al fin le fue imposible por su actividad docente en Cuba, ya que al parecer se ha volcado en esta faceta, un tanto desencantado de su desencuentro con la industria y la distribución.

Así, nos hizo los honores Íñigo Ongay, que, como tantos otros de su profesión, rehusa la etiqueta de "filósofo", aunque lo sea por formación y dedicación.

Íñigo nos habló de los tres directores favoritos de Guerín, Chaplin, Dreyer y Ozu, a los que calificó de "tiránicos"; y de su mano fuimos comentando la película, que, como él decía, nos muestra su propio "making off", en una suerte de improvisación muy medida, con un esbozo de guión y actores no profesionales, que nos dan la impresión de un documental, aunque al fin la cinta evolucione a una ficción sin duda premeditada.

Y es que Guerín gusta de proponer, más que una puesta en escena, una puesta en situación.

Asistimos a la historia de un profesor, trasunto de un Umberto Eco, con toques silénicos, propios de un sátiro de lo más socrático, que, a lo largo de unos diálogos llenos de verborrea (eso sí, de alto nivel), y de unos silencios muy bien dosificados, nos acabará contando una historia a la postre vulgar, la del profesor que seduce a sus alumnas.

Con una especie de "cinema veritá" impostado (esos pastores sardos que cantan a coro, que ni en "Orlando furioso", entre tantos otros recursos), acaba construyendo un "Diálogo" al estilo de los de Platón, utilizando planos "voyeurs", en los que asistimos a los conflictos de los personajes a través de un cristal.

Una sesión, como tantas, en las todos aprendimos algo. Como lo será, sin duda, la del próximo martes. Hasta entonces.

Ana G.